

¿Qué hacemos en lo social con lo sexual?



Maite Higuero Barandalla
Mahibar&co.sexología. Trabajadora Social y Sexóloga. Directora del posgrado online Intervención social con perspectiva sexológica (EUNEIZ-Iesus).



Ainara Brusau Salaberria
Mahibar&co.sexología. Trabajadora Social y Sexóloga. Profesora del posgrado online Intervención social con perspectiva sexológica (EUNEIZ-Iesus).

1. Introducción

El trabajo social, disciplina profesional orientada a la transformación social, a la promoción del bienestar social y a la implementación de habilidades personales para el desarrollo de biografías de calidad, ha continuado evolucionando como disciplina científica a través de la investigación y la acción profesional tal y como se ha reflejado con rigor a lo largo de estos últimos 40 años en la revista de *Servicios Sociales y Política Social*, publicación a través de la cual los/las profesionales del trabajo social hemos recibido información de calidad que nos ha posibilitado conocimiento, reciclaje, debate, reflexión... en conclusión, crecimiento profesional.

El presente artículo pretende continuar en esa estela ya consolidada y posibilitarnos una aproximación a una dimensión, la sexualidad, presente en todos y todas nosotras, y por ende en los hombres y las mujeres a quienes acompañamos en nuestro día a día desde los diversos ámbitos desde los cuales ejercemos el Trabajo Social. Una aproximación a la ciencia de la sexología que nos permita ir conociendo y comprendiendo la naturaleza de ser sujetos sexuados y poder así dar valor a la sexualidad como aspecto ineludible, y por lo tanto imprescindible

como ámbito de actuación, en cualquier proceso de intervención social que pretenda estar orientado al bienestar individual y colectivo.

En él se plasma la tesis, basada en el conocimiento teórico y la evidencia práctica, de la necesaria inclusión de la perspectiva sexológica en el ejercicio profesional del Trabajo Social para llevar a cabo una atención centrada en la persona. El texto comienza con una muy superficial aproximación desde la sexología sustantiva, al concepto de sexo, continúa con una leve mención a la perspectiva de género, en tanto que perspectiva incorporada en la intervención social, para centrarse después en la perspectiva sexológica y exponer la importancia de conocer “lo sexual” en el desempeño de nuestra profesión y destacar la utilidad de incluirla en la intervención social.

2. El sexo -los sexos-

En la actualidad cuando se habla de sexualidad no sabemos realmente a qué nos estamos refiriendo. Existe una gran confusión conceptual cuando utilizamos este término: a veces nos sirve para referirnos a la genitalidad, otras para hablar de relaciones coitales (en las que se usan los genitales) y a veces incluso para hablar de afectos o sentimientos; en definitiva, que no solemos saber a qué nos estamos refiriendo.

El sexo, según la teoría del *Hecho Sexual Humano* de Efigenio Amezua, doctor en Sexología y director del Instituto de Sexología Incisex¹, es una cuestión de identidad y la sexualidad es una parte estructurante de la personalidad de todo ser humano. Su desarrollo pleno depende de la satisfacción de las necesidades humanas básicas como el deseo de contacto, de intimidad emocional, de placer, de ter-

¿Qué hacemos en lo social con lo sexual?

nura y de amor. El concepto de sexo que ofrecemos va a posibilitar una comprensión más amplia de las dificultades que afrontamos mujeres y hombres ya que nos facilita vislumbrar que somos seres intersexuales constituidos ineludiblemente, todos y todas, por elementos masculinos y femeninos.

La sociedad actual, incluidos los/las profesionales, consecuencia de una nula o escasa educación sexual desde la episteme del sexo, sigue careciendo de unas nociones básicas que posibiliten entender y acompañar las sexualidades desde un marco comprensivo que, aunque pueda incluirla, vaya más allá de la prevención de sus denostados riesgos. Para ello, conocer y comprender las implicaciones del Hecho Sexual Humano a lo largo de todo el ciclo vital resulta fundamental pues garantiza el carácter integral de cualquier intervención social. Con el objetivo de posibilitar una mayor comprensión de lo que tratamos de compartir, proponemos una básica inmersión a los conceptos de esta compleja teoría.

El Hecho Sexual Humano habla de sexualidad en plural (las sexualidades) y no en singular (la sexualidad) ya que comprende a todos y a todas desde su propia diversidad, sin distinción ni discriminación de ningún tipo. Se compone de conceptos tales como: la Sexuación; la Sexualidad; la Erótica; la Amatoria; la Pareja y la Procreación. Veamos:

- *El sexo* es un concepto al que se le dan, desde marcos ajenos a la sexología, diversos significados. Así, nos encontramos el sexo como término para referirnos a los órganos genitales, como sinónimo de sexualidad, como lo que hacemos con los genitales, etc.

Desde este marco que aquí planteamos, el sexo es lo que somos por ser sujetos sexua-

dos. Desde la sexología sustantiva, el sexo, no se hace (determinadas prácticas amatorias), ni se tiene (los genitales): el sexo se es (la identidad).

El sexo es, en palabras de Amezua (Landa-roitajauregui, 2001), una raíz, una episteme que aglutina todos los registros del hecho sexual humano y nos permite orientarnos y movernos en su mapa: sexuación, sexualidad, erótica, amatoria, pareja y procreación, pero no puede reducirse a uno de ellos, pues estaríamos tomando la parte por el todo y excluyendo otros registros que nos ayudan a comprender su relevancia y magnitud.

- *La sexuación*: es el proceso de ir construyéndose como hombre y como mujer, el cual se inicia en el momento de la fecundación y finaliza con la muerte. A lo largo de este proceso, progresivo, evolutivo y biográfico se van concatenando toda una serie de niveles o estructuras que van sexuando al individuo, lo van “haciendo” sexuado, lo van masculinizando y feminizando.

El proceso de sexuación está participado por diversos elementos/agentes sexuantes (cromosómico, hormonal, gonadal, genital, cultural, familiar y social etc.) que resultan diferenciarnos entre mujeres y hombres, todos/todas con características masculinas y femeninas compartidas en diferente grado.

Las mujeres se construyen con masculinos y femeninos y los hombres se construyen con

notas

¹ “El sexo: Historia de una idea”. Amezúa, 2003

¿Qué hacemos en lo social con lo sexual?

masculinos y femeninos. Nos sexuamos por lo tanto como mujeres y como hombres diversos, pues todos los elementos participantes infieren a cada cual matices particulares. El resultado es una amalgama muy variada de posibilidades de estructurarse y construirse como hombre y como mujer, no existiendo una única realidad. La diferencia y la diversidad son axiomas de la sexología, donde caben muchas maneras de estructurarse como mujer y como hombre, no existiendo, posiblemente, estructuras puras de mujer/hombre en ninguno de los niveles mencionados (cromosómico, hormonal, gonadal, genital, de asignación de sexo, crianza diferencial, pubertad, climaterio, andropausia...).

La sexuación se ha entendido como un proceso con dos únicos resultados posibles: hombres masculinos y mujeres femeninas, cuando en la realidad que todos tenemos a nuestro alcance, sabemos que hay tantas maneras de sentirse mujer (u hombre) como mujeres (u hombres) hay en el mundo.

- *La sexualidad*: es la manera que cada persona tiene de vivir “el hecho de ser sexuado”. La vivencia que cada individuo tiene sobre su particular proceso de sexuación. Una “sexualidad” hace alusión a una manera particular de ser sexuado. Es una categoría subjetiva y no hace referencia exclusivamente a planteamientos anatómo-fisiológicos.

La sexualidad hace referencia a “las vivencias”, a cómo cada cual se siente en su subjetividad y cómo va viviendo ese proceso de construcción biografía.

Es la forma que cada uno/una tiene de reconocerse (verse y aceptarse), de sentirse,

de vivirse y de expresarse como ser sexuado, como uno de los dos sexos, como mujer y como hombre.

La sexualidad es particular, es peculiar, es el espacio de la vivencia propia y por lo tanto hablaremos de sexualidades en plural.

- *La erótica* es la forma personal, particular, de expresar lo que somos y lo que vivimos. Las formas de expresión de la sexualidad tienen dos vías: los deseos y los gestos.

Es el campo de los deseos, es el ámbito de los deseos eróticos, los deseos particulares, lo que le gusta a cada uno/a y lo que impulsa la búsqueda de otro con quien encontrarse y compartirse. Hablamos de lo que se desea y lo que se busca desde ese deseo. Para la sexología las relaciones son eróticas si son buscadas y deseadas.

La conducta erótica desde la sexología es la conducta buscada y deseada y se diferencia de otras en esos aspectos. Son los deseos de encuentro con otro/otra que me gusta para hacer lo que me gusta. En la erótica se contempla la orientación del deseo. Tradicionalmente si mi deseo se orienta preferentemente hacia personas del mismo sexo se define como homosexual y si se hace hacia el otro sexo se define como heterosexual. Pero quizá ayuda a la inclusión usar los términos propuestos por Joserra Landarroitajauregi (Homos y Heteros. *Anderastas y Ginerastas*. 2014), que pretende evitar definir la identidad de las personas (homos y heteros) en función de la orientación de su deseo, para establecer la clasificación en función del objeto deseado y para ello propone: *anderastas* para aquellas personas (hom-

¿Qué hacemos en lo social con lo sexual?

bres y mujeres) que orientan su deseo hacia hombres y ginerastas, hombres y mujeres que orientan su deseo preferente hacia mujeres.

En el desarrollo de la erótica entran en juego muchos factores, pero también los propios valores y creencias, la forma de pensar y de entender las relaciones sexuales y las relaciones de pareja, los sentimientos y la importancia que se den a los mismos, así como todas las demás cosas que se puedan considerar importantes. Con todo, cada uno/una construirá su propia erótica.

La amatoria es la forma en la cual expresamos lo que deseamos. Hace referencia a la conducta, a aquello que hacemos, que nos gusta, con quien nos gusta. Es la manera en la que dos personas que se gustan se encuentran y lo que hacen cuando se encuentran. Consiste en la manera particular que tiene cada pareja de disfrutarse, de su arte de amarse, de encontrarse con quien desea. *La seducción* es parte de la amatoria al igual que lo son las acciones o prácticas que elegimos para pasárnoslo bien. Los besos, los abrazos, las caricias, cogerse de la mano son expresiones de la amatoria y también lo son el coito vaginal y el resto de las penetraciones.

Cuando hacemos algo que deseamos con alguien que nos gusta nos lo pasamos bien y eso es lo que posibilita la erótica (saber lo que

deseo y buscarlo) y la amatoria (las acciones, las conductas).

- *La pareja* es materia de interés para la sexología en tanto que es la forma de organización mayoritaria y más común a lo largo de la historia. Es ese deseo de estar juntos, de construir juntos, de sentirnos relevantes para un otro para una otra (concretos).

La sexología entiende la pareja como la pareja erótica, la que se basa en el deseo de estar con el otro/a (sea para lo que cada pareja desee, no existiendo un único para qué) y es por ello por lo que existen diversidad de parejas y de forma de ser pareja. Siempre que dos sujetos sexuados se busquen y se encuentren para estar juntos/as (independientemente del tiempo) serán pareja. La pareja no es lo mismo que el matrimonio, son cosas diferentes pues no es una institución formal basada en criterios prácticos. Cada pareja es una institución propia constituida por dos subjetividades.

- *La procreación*: Los seres humanos, ya sea solos o en pareja, tienen anhelo de perdurar o de realizarse en proyectos comunes, siendo uno de esos proyectos tener hijos e hijas, ya sea de manera biológica como por adopción, acogida u otros procesos. En la actualidad existen diversas maneras de organizarse y generar vínculos familiares.

SEXO	Hace referencia a lo que SE ES	Proceso de sexuación
SEXUALIDAD	Hacer referencia a lo que SE SIENTE	Las vivencias particulares
ERÓTICA	Hace referencia a lo que SE DESEA	Los deseos
AMATORIA	Hace referencia a lo que SE HACE	Las conductas

Tabla1. Resumen del hecho sexual humano. En la tabla se detallan, de forma resumida, los aspectos del Hecho Sexual Humano

¿Qué hacemos en lo social con lo sexual?

La procreación es también parte del universo de la sexología en tanto que el deseo genésico es un deseo sexual, la reproducción humana se lleva a cabo por vía genital y suele ser un proyecto anhelado y compartido entre dos que se desean.

3. Dimensiones de la sexualidad a contemplar en la intervención social

Cómo ya hemos señalado parece que cuando se cita la raíz “sex” nos estamos refiriendo a lo que tenemos entre las piernas (genitales) o a lo que hacemos con ello, principalmente (copular). También conocemos que mucho de lo relacionado con el sexo se vive social y profesionalmente, como riesgo, violencia, enfermedad... vemos el sexo más como una “lacra” a la que combatir que como un valor a cultivar y promover.

Son escasas las referencias que tenemos del sexo en cuanto a valor. En la intervención social el acercamiento a cualquiera de los aspectos señalados de la dimensión sexuada (del hecho sexual humano) de los sujetos es prácticamente inexistente y cuando se da, cuando nos acercamos a ella, es habitualmente para combatirla por representar un riesgo, una agresión, un hecho indeseado.

La sexualidad, esa vivencia particular y subjetiva de ser la mujer y el hombre que cada uno/una va siendo, la manera en la que cada cual se expresa, se reconoce, se relaciona... tiene tres dimensiones las cuales están presentes, con diferente intensidad y en diferentes momentos, en la biografía de cada sujeto sexuado y por lo tanto en cada persona a la que acompañamos. Conocerlas nos ayudará, entre otras cosas, a comprender que el sexo es un concepto complejo que va más allá de los genitales y de lo que hacemos con ellos, que es algo más que determinadas conductas

DIMENSIÓN REPRODUCTIVA	DIMENSIÓN RELACIONAL	DIMENSIÓN RECREATIVA
Hace alusión a los aspectos relacionados con la capacidad reproductora, con el deseo genésico, con la dimensión de ser madres y padres...	Hace alusión a todo lo que la sexualidad tiene de interacción, de relación, de comunicación, de encuentro, de expresión de afectos, de expresión de emociones y sentimientos, de vinculación...	Hace alusión a lo que la sexualidad tiene de placentera, de satisfactoria, de gratificante, de ilusionante, de fantasiosa...
Nuestro modo natural de reproducción es el sexual.	Interacción interpersonal, espacio privilegiado para la relación entre un “yo” y un “tú”.	La capacidad de ser placenteros y placenteras. Todos y todas nacemos con un mecanismo para el placer.
ELEMENTOS A CONSIDERAR	ELEMENTOS A CONSIDERAR	ELEMENTOS A CONSIDERAR
Concepción, anticoncepción, aconcepción, genitalidad, coitalidad, parentalidad, etc. son algunos de los elementos nucleares de esta dimensión.	Sentimientos, amor, enamoramiento, deseo, vinculación afectiva, compromiso, pareja; etc. son elementos implicados en esta dimensión.	Placer, imaginación, gozo, sensaciones, juego, excitación, diversión, esparcimiento, fantasía, etc. son elementos implicados en esta dimensión.

Tabla 2. Dimensiones de la sexualidad.

¿Qué hacemos en lo social con lo sexual?

genitalizadas para el acceso al placer o algo que implica riesgos y/o malestar, y nos posibilitará algo fundamental que es ver hombres y mujeres con anhelo de ser significativos/vas para otro/otra; con deseo de construir proyectos comunes que les den identidad de “un nosotros” y con deseo de gozar y de vivirse placenteros y placenteras. Acercarnos al universo de la sexualidad nos brindará ver a los hombres y mujeres a quienes acompañamos como sujetos sexuados con su propia sexualidad, compuesta de las dimensiones descritas en la tabla 2.

Concepción, anticoncepción, aconcepción, genitalidad, coitalidad, parentalidad, etc. son algunos de los elementos nucleares de esta dimensión. Sentimientos como amor, enamoramiento, deseo, vinculación afectiva, compromiso, pareja; etc. son elementos implicados en esta dimensión. Placer, imaginación, gozo, sensaciones, juego, excitación, diversión, esparcimiento, fantasía, etc. son elementos implicados en esta dimensión.

Todas estas dimensiones pueden entenderse como valor, como aspectos a poder ser atendidos, cultivados y promovidos en nuestro encargo profesional de alcanzar el mayor bienestar posible. En cada una de ellas, pueden darse dificultades comunes a conocer y gestionar, que tendrán relación con nuestros propios deseos, su identificación, su gestión, con el placer y el acceso al mismo, con las interacciones que tenemos, las más o menos habilidades para relacionarnos, con el deseo o no de estar en pareja, de maternidad y de paternidad, con cómo atendemos esos deseos, con las posibles disfunciones y conflictos en las interacciones etc.

La sexualidad, nuestra forma particular de expresarnos y vivirnos como el hombre y la mujer que somos, nos configura. Nada nos sucede al

margen o con independencia del sexo que somos. Está presente en cualquier interacción humana, también en la relación que mantenemos con las personas. Acercarnos a su conocimiento amplía nuestras posibilidades de intervención, la cual siempre se pretende estimulante y promotora de bienestar.

Tal y como hemos señalado anteriormente un objetivo común y central de cualquier intervención desde el Trabajo Social es mejorar la calidad de vida de las personas a las que atendemos y acompañamos. El horizonte es conseguir que cada hombre y cada mujer, de acuerdo con sus capacidades y deseos, pueda llevar una plena participación en la vida social de su contexto más próximo. Con el objetivo de facilitar la comprensión de su ineludible condición sexuada y la promoción de una sexualidad placentera, saludable e inclusiva se hace conveniente la inclusión de una perspectiva sexológica en la intervención profesional y contemplar la sexualidad como una dimensión positiva, entendiendo que la sexualidad es relacional, recreativa y reproductiva. Ampliemos a través del conocimiento nuestra perspectiva profesional y veamos en el sexo lo que el sexo es.

4. La perspectiva de género

Si bien se trata de una mirada ya conocida e integrada en nuestra cotidianidad profesional, dedicamos parte del texto a revisar algunas cuestiones, a nuestro entender relevantes en relación con el tema que nos ocupa, para pasar después a exponer y destacar la necesidad y el valor de sumar a la perspectiva de género la perspectiva de los sexos y así posibilitar una mirada que la complementa en ese objetivo de validar a las per-

¿Qué hacemos en lo social con lo sexual?

sonas a las que acompañamos en su integralidad y particularidad, garantizando el respeto a sus referentes internos.

Las imposiciones de género, las expectativas sociales y culturales que se tienen respecto de las mujeres y de los hombres, tan reconocidas, identificadas y combatidas en la actualidad; forman parte de la construcción de algo más amplio y dinámico como es el hecho sexual humano.

La disciplina del Trabajo Social, y por lo tanto los/las Trabajadoras Sociales, independientemente del ámbito de acción, hemos ido incorporando de manera progresiva en los últimos años la perspectiva de género en nuestro quehacer profesional porque nos ayuda a entender como estas imposiciones sociales, culturales y educativas asociadas al sexo que somos, inciden en la particular manera de estar en el mundo de las mujeres y hombres a quienes dedicamos nuestra atención profesional.

El concepto de género, como sabemos, se refiere a la construcción social diferenciada de roles, responsabilidades y expectativas (patriarcales, complementarias, rígidas y normativas) que se imponen tanto a mujeres como a hombres, condicionando el desarrollo de sus identidades, sus maneras de estar en el mundo y sus proyectos de vida. Así, al hablar de género nos referimos a la construcción cultural que hace una sociedad a partir de las diferencias sexuales y mediante esta construcción se adscriben cultural y socialmente aptitudes, roles sociales y actitudes diferenciadas para hombres y mujeres atribuidas en función de su sexo.

La consideración del género como sistema de creencias, enfatiza la idea de que el género es una construcción social y se centra en las representaciones de relación hombre-mujer en una cultura

dada en un tiempo histórico. Así, en las sociedades patriarcales, y con la finalidad de mantener la supremacía de los valores masculinos y preservar las situaciones de dependencia de las mujeres respecto de los hombres, se atribuye a hombres y mujeres papeles distintos en función de su sexo.

Por lo tanto, introducir la perspectiva de género nos ha permitido cuestionar determinadas visiones o prácticas de la intervención social, de protección, de asistencialismo o victimización, basadas en la idea de la necesaria y a veces exclusiva vulnerabilidad femenina, que pueden contribuir a incrementar la dependencia, la subestimación y, en definitiva, la situación de discriminación que, de hecho, pretendemos revertir.

Las mujeres y los hombres a los que atendemos en nuestras intervenciones profesionales forman parte de colectivos que se encuentran en circunstancias de especial fragilidad; sin embargo, las mujeres experimentan situaciones de discriminación diferencial que dan lugar a vivencias que son específicas (y que son explicables por el hecho de ser mujeres), que requieren de respuestas específicas, diferenciales y adaptadas.

El hecho de ser mujer, no constituye por sí mismo un hecho de debilidad, pero en muchas ocasiones, si es un motivo de discriminación que genera inconvenientes e inseguridades que, a su vez, interactúan con los inconvenientes y las inseguridades que se comparten con los hombres que se encuentran en parecidas situaciones de vulnerabilidad social.

A lo largo del proceso de socialización y según el sexo -hombre o mujer- se aprenden y ponen en práctica una serie de comportamientos aceptados como femeninos y/o masculinos, que van a ser

¿Qué hacemos en lo social con lo sexual?

considerados como apropiados o no, favoreciendo o no la integración en la sociedad de referencia. Estos papeles socialmente asignados se han denominado roles de género, y están directamente relacionados con el reparto de tareas y funciones entre mujeres y hombres.

Los estereotipos de género hacen referencia a una serie de ideas preconcebidas -impuestas y simplificadas, pero fuertemente asumidas-, sobre las características, actitudes y aptitudes de las mujeres y los hombres. Hacen referencia a los modos de actuación considerados correctos y que son imputables a un rol determinado en una sociedad y en un momento dado.

Tanto los roles, como los estereotipos de género, son aprendidos e interiorizados a través de un proceso de socialización por el cual las personas incorporan valores y comportamientos de la sociedad en la que se desarrollan. Este proceso de interiorización de valores es denominado socialización de género.

Este proceso de socialización de género tiene dos vertientes: una colectiva, donde los individuos, mujeres y hombres, se adaptan a las expectativas que sobre ellos tiene el resto de la sociedad y una individual, donde cada persona perpetúa los roles y estereotipos, llevándolos a cabo en su vida y enseñándoselos a sus descendientes. Así, el proceso de socialización de género toma una importancia fundamental en el desarrollo de la identidad personal y en la perpetuación de dichos roles.

En un contexto social en el cual aún existe desigualdad entre hombres y mujeres es imprescindible, como sabemos, diseñar políticas sociales, programas, servicios y planes individuales de atención que integren la perspectiva de género ya

que se hace ineludible la integración de mecanismos que permitan atajar estas situaciones, favoreciendo el logro de la igualdad de oportunidades y de derechos en un sentido amplio. De manera más concreta, incorporar la perspectiva de género nos permite analizar los mecanismos que en la actualidad mantienen las estructuras sociales de desigualdad y nos aporta conocimiento, para poder diseñar las estrategias necesarias para conseguir la efectiva igualdad de los derechos de las mujeres y los hombres.

Como operadores sociales sabemos que la incorporación de la perspectiva de género en nuestro quehacer profesional nos ayuda a entender qué variables y condicionantes sociales y culturales nos van configurando a lo largo de todo nuestro proceso biográfico para ir siendo el hombre y la mujer que vamos pudiendo ser. Siendo mucho lo que nos aporta la perspectiva de género en la intervención social, remitiéndonos a los resultados en términos de eficiencia preventiva de las actuales políticas de igualdad en cuanto al descenso de conflictividad entre los sexos, consideramos que hacer Trabajo Social sólo con perspectiva de género resulta insuficiente para poder comprender y acompañar los procesos biográficos subjetivos de los hombres y mujeres a quienes acompañamos. Precisamos incorporar, además, una mirada sexológica que nos acerque aún más a la singularidad de los sujetos sexuados y nos ayude a entender, cómo el resto de agentes sexuales (biológicos, evolutivos, genéticos, gonadales, hormonales...) nos van configurando, también (junto a la cultura) en el hombre y la mujer que vamos pudiendo ser durante nuestro proceso biográfico.

El género constituye una categoría de análisis que sirve para un determinado contexto cultural. Ahora bien, poner la mirada exclusivamente en las

¿Qué hacemos en lo social con lo sexual?

imposiciones normativas atribuidas al género no aporta las soluciones que se pretenden. La práctica profesional nos dice que sólo el género es insuficiente para explicar la realidad. El análisis crítico y la acción combativa frente al patriarcado deben de complementarse, a nuestro entender, con el conocimiento de la naturaleza dinámica del hecho sexual humano; a saber: el proceso biográfico, plástico y diverso que nos constituye en la mujer y el hombre singular y concreto que cada una de nosotras y nosotros vamos siendo. En cuyo proceso intervienen aspectos biológicos, evolutivos, culturales, sociales, psicológicos... y por supuesto aspectos propiamente sexuales (genésicos, eróticos, hedónicos, afectivos, vinculares etc.)

En todas las sociedades y en todos los tiempos han existido y existen discriminaciones y situaciones injustas producidas por esta atribución diferenciada de roles y oportunidades de género a mujeres y hombres. Ahora bien, las diferencias sexuales (que están producidas por el propio sexo) no son la causa ni la justificación de la discriminación de las mujeres y el menosprecio de lo femenino. Negar las diferencias sexuales, desconsiderarlas o desatenderlas no contribuye a la erradicación de la discriminación, pero si agrava la no visibilización de las múltiples diversidades que el sexo genera y, sobre todo, favorece la no consideración de lo que aún no está justamente significado que sigue siendo lo femenino.

5. La perspectiva sexológica: qué y para qué

La sexología concibe las diferencias sexuales como un hecho inevitable y como un valor positivo. Considera que estas diferencias no deben de ser tratadas como un sostén ideológico que permita

la inferiorización, menosprecio, desvalorización o discriminación de las mujeres. Al contrario, concibe que debe deconstruirse la antigua dinámica de lo masculino (referencial) frente a lo femenino (periférico) para considerar todos los hechos de diversidad.

Es notorio, contrastado y reconocido, que el desarrollo de las políticas sociales (así como del resto de políticas: educativas, sanitarias...) se ha llevado a cabo en una sociedad androcentrada, donde el valor universal ha sido y aún sigue siendo “andros”, o sea, el hombre y lo masculino, y donde se ha equiparado por igualación mujeres y hombres en el concepto de “persona” (que, queriendo no discriminar acaba no discerniendo) o “sujetos de derecho”. La convicción y conveniencia de no ser agentes de discriminación nos ha llevado a no contemplar, ni en el desarrollo de dichas políticas sociales ni en los procesos individuales-familiares de intervención, las diferencias sexuales que por nuestra ineludible condición sexuada son pertinentes y pertinaces. Por ello, con frecuencia, nuestra intervención desde la pretensión igualitaria (no discriminatoria), tiende a negar o invisibilizar las circunstancias, vivencias y sentimientos particulares de cada mujer y de cada hombre. La cuestión del género y sus atribuciones no son un asunto exclusivo de las mujeres; al contrario, estas mismas cuestiones interpelan a los hombres, que también sufren discriminación y persecución cuando no responden a los dictados de la norma patriarcal, que también tiene rígidas expectativas respecto de ellos. Aunque de otros modos diferentes, los hombres también se ven limitados en su desarrollo personal y social por las normas impuestas a su singular masculinidad.

El sexo y su capacidad de producir diferencias no es el problema, el problema es la discriminación

¿Qué hacemos en lo social con lo sexual?

histórica contra las mujeres justificada en base a dichas diferencias. La sexología, cómo ciencia que es, disfruta de las contradicciones y pretende repasar las narrativas explicativas para ampliar la comprensión de esto tan complejo de ser hombres y ser mujeres y de la sinergia que se produce entre los sexos.

El principal valor del sexo, en lo que nos ocupa, es que aporta diferencia, diversidad y singularidad. Tal y como se ha destacado, no existe una única forma de ser hombre y mujer, cada cual lo es a su manera, con su particular intensidad de características masculinas y femeninas que van conformando su identidad y sus vivencias. Esta cuestión debe ser central en cualquier intervención social ya que todo aquello que no somos capaces de nombrar, no existe y si no damos lugar a la identidad sexual (en su totalidad) de las personas a las que acompañamos, si no somos capaces de ver mujeres y hombres, debemos entender y asumir que no estamos siendo capaces de dar lugar a las mujeres y a los hombres que son, contruidos y construyéndose con la participación de todos los agentes sexuales.

Los/las trabajadoras sociales, así como el resto de las disciplinas del ámbito de la intervención social y de otros ámbitos destinados a la protección, a la seguridad y a la emancipación, apenas dedicamos atención a la dimensión sexuada de los hombres y mujeres con quienes intervenimos, y no porque no sea un aspecto relevante o central en cualquier proceso de acompañamiento, sino más bien por un error de concepto y por lo tanto por desconocimiento de lo que implica ser un sujeto sexuado. Los y las trabajadoras sociales, profesionales con conocimientos, metodología y herramientas propias no hemos tenido la posibilidad de conocer, porque no se nos ha formado en

ello, lo que es el sexo y valoramos, intervenimos y acompañamos desde una mirada reduccionista que lo sitúa en eso que se es, en función de lo que se tiene, y en eso que se hace, con eso que se tiene.

Posiblemente ese reduccionismo que hemos citado y al que se ha visto sometido el sexo a lo largo de la historia, el desconocimiento de la complejidad de éste y la lejanía de la teoría de los sexos, contribuyan a que esta dimensión humana e ineludible no se comprenda como necesaria a incorporar en la práctica profesional del Trabajo Social, lo cual no deja de ser curioso tratándose de una disciplina profesional que acompaña procesos personales de autonomía y de consecución del bienestar.

Es muy común en nuestro contexto social, también entre los/las profesionales del Trabajo Social, pensar en el sexo como eso que tenemos (genitales) y en lo que hacemos con ellos, en el mejor de los casos para pasárnoslo bien con alguien que nos gusta. Es habitual escuchar a profesionales del ámbito de la intervención social, y no sólo de éste, referirse paradójicamente a “lo sexual” como una cuestión relativa a la intimidad en la que “no es adecuado meterse” y/o a conductas y acciones inadecuadas que generan riesgo y/o daño y que debemos vigilar y combatir si queremos promover bienestar. Es muy común, en los tiempos que corren, pensar en el sexo como algo meramente biológico y ajeno a lo personal, a lo cultural, a lo relacional y a lo biográfico; y desde esa mirada espuria que tenemos sobre él, llevar a cabo intervenciones iatrogénicas que condicionen el acceso al bienestar posible que pretendemos.

La sexualidad es una dimensión básica y única del ser humano, tan importante o más que el res-

¿Qué hacemos en lo social con lo sexual?

to de las dimensiones objeto de nuestro quehacer (ámbito personal, familiar, sanitario, formativo, laboral, comunitario, etc.), por ello parece conveniente para nuestra disciplina profesional, el estudio y la comprensión de esta cualidad.

La sexualidad es un hecho biográfico (se va construyendo de la suma de experiencias); es la dimensión placentera de la vida, por ello, incluirla en nuestras intervenciones permite una mirada apreciativa de las personas con las que vamos a intervenir; es un valor que promover y una cualidad posibilitadora de cambios. Hay tantas sexualidades como personas, por lo tanto, poner interés, capacitación y destreza en conocerlas, para poder respetarlas, acompañarlas y cultivarlas, lleva implícito el reconocimiento, deseable en el ámbito de nuestra labor profesional, de la diversidad humana.

Se hace cuando menos recomendable explorar el potencial sexual humano (como búsqueda de la satisfacción de los deseos propios en comunicación con los otros), como un potencial democratizador, inherente a cualquier hombre y mujer (sean cual sean sus características, limitaciones, dificultades o circunstancias familiares y socio-económicas) y también, como posible motor impulsor del necesario cambio buscado en cualquier proceso de acompañamiento social.

Todos los elementos que forman parte del Hecho Sexual Humano (el sexo, la sexualidad, la erótica, la amatoria...) son aspectos que, habitualmente, generan suspicacias y dudas a los/las profesionales del Trabajo Social durante sus intervenciones, con respecto a cómo y cuándo abordar estas cuestiones. Incluso, siempre cabe la duda de si es pertinente el trabajo en torno a estos asuntos inexcusablemente singulares e

íntimos. Suele ser un asunto resbaladizo que se convierte a menudo en una fuente de conflictos; de ahí que, para evitarlos, se opte con frecuencia por la inacción, desatendiendo una dimensión ineludible y por lo tanto imprescindible para el bienestar personal.

Introducir una mirada sexológica en la intervención social (tanto en las entidades como en los/las profesionales) posibilita enfocar la acción (sea preventiva, asistencial y/o rehabilitadora) desde un ángulo relativamente poco explorado que tienen en cuenta: la comprensión sexológica de los hombres y mujeres a quienes se dirigen las intervenciones en el ámbito de lo social; y de sus interacciones, anhelos y deseos. Posibilita la atención consciente de la sexualidad, la comprensión y aceptación de los particulares modos y maneras de ser hombres y mujeres de las personas a las que acompañamos y con las que intervenimos. Plantear una nueva forma de acción profesional: un/a trabajador social con una perspectiva sexológica, puede ser una atractiva propuesta de trabajo. Una nueva praxis, una nueva ética.

Incluir el conocimiento de las nociones básicas del hecho sexual humano - que significa ir haciéndonos hombres y mujeres, que vivencias subjetivas y únicas nos da la combinación particular y cambiante de masculinos y femeninos de cada sujeto (incluidas en ellas las imposiciones de género), qué deseos relacionales e incluso eróticos y hedónicos interactúan con nuestra intervención profesional, que modelo de familias y convivencias establecen las personas usuarias...- por un lado aumenta la comprensión de los comportamientos humanos, así como las posibilidades de éxito de la propia intervención, y por otro nos aleja de la culturalmente instalada metonimia en torno al concepto de sexo en la que habitamos.

¿Qué hacemos en lo social con lo sexual?

La perspectiva sexológica nos ayuda a ver la sexualidad, en el marco del Trabajo Social, no cómo algo que genera daño o que sólo implica riesgo y peligro y que por lo tanto debemos combatir, sino como una dimensión a cultivar y una cualidad humana posibilitadora de cambios que incluye la dimensión placentera, afectiva, interpersonal, cooperativa y sinérgica de la vida. Se trata de comprenderla sobre todo para conocer y promover sus valores, sus posibilidades y sus riquezas y no tanto para tratar de evitar y prevenir sus supuestos (y denostados) riesgos. El binomio Sexo-Trabajo Social, está presente en la intervención social generalmente ligado a un evento o conducta inadecuada y por lo tanto asociado al peligro y a la agresión, lo que provoca, comprensiblemente, una mirada sesgada hacia lo que entendemos por sexo.

Se propone como herramienta necesaria para intervenir con rigor no solo ante lo urgente (agresiones, violencias, discriminaciones, acosos, abusos, embarazos no programados, conductas de riesgo...), que también; sino sobre todo en lo importante, esto es, el desarrollo de mujeres y hombres emocionalmente competentes que construyan relaciones nutritivas y sinérgicas.

Aquello que no se atiende, pero está presente (lo sexual), suele generar dificultades en su gestión de manera más notoria en quienes menos recursos, oportunidades y habilidades tienen (personas en situaciones de vulnerabilidad objeto de la intervención social).

La perspectiva sexológica aplicada a la intervención social nos permite, por tanto, una mirada apreciativa, inclusiva, y respetuosa con los referentes internos de las personas de quienes pretendemos mejorar e incidir en su calidad de vida.

No hacerlo nos mantiene con un ángulo ciego que boicotea nuestras propias pretensiones de transformación social.

6. Lo que nos aporta la perspectiva sexológica - conclusiones

En pleno siglo XXI resulta fundamental y un imperativo para los/las profesionales del Trabajo Social adquirir el conocimiento necesario que nos ayude a entendernos en cuanto mujeres y hombres, para poder así atender y acompañar los particulares procesos biográficos en el ámbito de la intervención social, fundamentalmente orientados a la protección, el cuidado, la autonomía y la emancipación de las personas que atendemos.

Estamos ante la necesidad de elaborar un modelo de intervención social que parta de una perspectiva sobre la comprensión de los sexos y no únicamente sobre la prevención de sus conflictos. Desde una imprescindible mirada crítica de la configuración de las relaciones humanas en el seno de lo que llamamos postmodernidad.

El sexo, como hemos destacado, genera diversidad y deseo de encuentro, entendámoslo pues, como un posible agente motivacional orientado al cambio perseguido. No necesariamente la motivación precede a la acción, en ocasiones conviene pasar a la acción, hacer cosas (promoverlas, incentivarlas, posibilitarlas) para despertar y encontrar esa motivación, esas ganas, ese deseo que nos impulsa. Incorporemos el valor de los deseos como elementos que posibilitan la acción, propongamos procesos de intervención que los contemplen y posibilitemos que los hombres y las mujeres amplíen sus posibilidades de satisfacerlos.

¿Qué hacemos en lo social con lo sexual?

En la práctica cotidiana, a la hora de valorar la situación concreta, de realizar el diagnóstico social y diseñar el plan individual de atención, sumar a nuestros conocimientos todo lo relativo a la episteme de los sexos, y por lo tanto aplicar la perspectiva sexológica, nos brindará, entre otras cuestiones:

- Conocer, comprender y aceptar que las personas a las que acompañamos son sujetos sexuados, sexuales, eróticos e incluso amantes: hombres y mujeres que se van masculinizando y feminizando a lo largo de toda la vida, a lo largo de su proceso biográfico, único, singular y subjetivo. Esto garantizaría una verdadera atención centrada en la persona, respetuosa a la vez con la vivencia subjetiva que cada hombre y cada mujer puede ir teniendo en cada momento vital, influenciada por todos los agentes sexuales, tanto los biológicos como los culturales y ambientales, que irremediablemente van haciendo propios.
- La perseguida atención social integral nos interpela a acercarnos a las dimensiones de la sexualidad en cuanto a que las personas usuarias y/o participantes de los dispositivos del sistema, son sujetos relacionales (anhelan sentirse importantes en el espacio privilegiado de un tú y un yo), reproductivos (tienen deseos genésicos de gestar y criar descendencia) y recreativos (tienen impulsos y querencia por vivirse gozosos y placenteros). Las personas para las que los trabajadores sociales constituimos bienes relaciones, son hombres y mujeres singulares, con deseos hedónicos, eróticos, con anhelo de significancia para otro/otra, con capacidad para ser placenteros y placenteras, con deseo de gustar y ser deseantes, deseados y deseadas.... La posibilidad de atender, con criterio y responsabilidad, la sexualidad, una dimensión por lo general desatendida por los/las trabajadoras sociales, amplía las garantías de la perseguida atención integral.
- La aceptación incondicional como principio rector de una intervención social profesional nos interpela a conocer, comprender y poder aceptar las diferencias sexuales existentes entre hombres y mujeres, las cuales aportan diversidad, diferencia y singularidad; que no desigualdad. Si no aceptamos como propios los rasgos masculinos y femeninos y los valores que cada hombre y mujer pueden ir haciendo suyos no estamos dando espacio a la expresión libre y subjetiva de la identidad.
- Validar las biografías particulares de los hombres y las mujeres a quienes acompañamos nos obliga a acercarnos a esas realidades biográficas desde una actitud comprensiva y de cultivo; promotora de los valores que el sexo alberga: diversidad, singularidad, sinergia y cooperación; y así poder detectar y minimizar nuestras habituales actitudes normativas y combativas ante los denostados riesgos y peligros asociados a lo “sexual”: acoso, abuso, discriminación, violencia y otras lacras. La mejor prevención de todo lo que “no” (queremos) es la promoción de lo que “sí” (deseamos).
- Al sistema de servicios sociales públicos es a quién se le encarga la atención de las denostadas consecuencias negativas de lo sexual: intromisiones abusivas en las sexualidades infantiles, violencias entre los sexos, acosos en los espacios residenciales... lo urgente de lo sexual adjetivado nos hace, en demasiadas

¿Qué hacemos en lo social con lo sexual?

ocasiones, desviar la atención de lo sustantivo e importante: la violencia, la discriminación, el acoso, el abuso.... Los/las trabajadoras sociales nos vemos en la tesitura de tener que intervenir en espacios relacionales significativos (padres-madres/hijos-hijas, parejas, y otros vínculos familiares y relacionales) por cuestiones “sexuales” sin tener conocimiento de la naturaleza de lo “sexual”; lo que nos lleva a actuaciones protocolarizadas que a veces producen más daño del que quieren mitigar.

- En tiempos donde es reconocido el beneficio de los avances del feminismo, como ideología transformadora y necesaria, tenemos aún la asignatura pendiente de validar, significar y reconocer los valores de lo particularmente femenino; valores tales como la posibilidad de gestar, el cuidado y las relaciones interpersonales y otras particularidades femeninas entorno a los anhelos, deseos y preferencias. Muchas de las herramientas propias del Trabajo Social: los diagnósticos y los informes sociales, siguen siendo herramientas fuertemente androcéntricas, estudiadas, diseñadas e implementadas desde la conceptualización del ser humano como andros; lo que debiéramos de reconocer como un sesgo discriminatorio sexual y un trabajo de revisión pendiente.
- El anhelo de pareja, de un espacio comprometido de mutua significación con compartibilidad de lo hedónico, sigue siendo un anhelo universal, y como tal, su materialización tiene también un fuerte efecto inclusor y normalizador. El deseo de gestar y criar es también un deseo universal, con versión femenina y masculina e igualmente un fuerte factor inclusivo para quienes se sienten y/o situamos en los albores de los márgenes sociales. Considerar-

lo nos obligaría a diseñar políticas de atención donde se contemplaran respetuosamente dichos deseos para poder acompañar su gestión desde los referentes internos de cada uno y cada una.

Por concluir, una atención integral e individualizada requiere de conocimientos sexológicos si pretende ser respetuosa con la particularidad y singularidad propia de cada sujeto sexuado, lo cual requiere formación especializada. Los y las trabajadoras sociales somos profesionales ya capacitados/as para indagar y apreciar las diferentes dimensiones presentes en cada individuo, tenemos la habilidad de mirar y ver la poliédrica realidad de las personas a las que acompañamos y es momento de ver y dar lugar también a la sexualidad como una dimensión estructurante de la identidad.

Propongámonos la comprensión de lo sexual y la atención de la sexualidad como estrategia para promover el cambio y la convivencia entre los sexos, que tanto anhelamos como sociedad y que tanto bienestar personal puede producir. Proponemos una nueva praxis para un nuevo reto: en el siglo XXI no se puede ser feliz si no se es sexualmente feliz y en lo social no podremos garantizar calidad de vida si no abordamos y acompañamos lo sexual.

¿Qué hacemos en lo social con lo sexual?

BIBLIOGRAFÍA RECOMENDADA

- Amezua, Efigenio. (1999) Teoría de los sexos, la letra pequeña de la sexología. Madrid: *Revista española de sexología* n° 95-96.
- Amezua, Efigenio. (2003) El sexo: historia de una idea. La letra pequeña de la episteme sexológica. Madrid: *Revista Española de Sexología* n.º 115-116.
- Amezua, Efigenio. (2006) Sexologemas. Cuando los genitalia no dejan ver el sexo. Madrid: *Revista Española de Sexología* n.º 135-136.
- Beauvoir de, Simone. (2018) *El segundo sexo*. Catedra.
- Estupinya, Pere. (2013) *La ciencia del sexo*. Debate.
- Flasspöhler, Svenja. (2019) *La potencia femenina*. Taurus.
- Gonzalez Mendiando, Lucía. (2014). El discurso contra la violencia de género, Aportaciones y limitaciones para el abordaje de la violencia en pareja Parte I, *Revista española de sexología* n° 179, 180, 181 y 182.
- Gonzalez Mendiando, Lucía. (2019) *El género y los sexos, Repensar la lucha feminista*. El Salmón.
- Guinot, Cinta y Ferrán, Ane. (2019) *Trabajo social, arte para generar vínculos*, Deusto digital.
- Guinot, Cinta; Ferrán, Ane y Berasategi, Asun. (2019) Gobernanza colaborativa para la inclusión social, Catarata 2019.
- Hernandez Aristu, Jesus (2000) *La supervisión. Un sistema de asesoramiento y orientación para la formación y el trabajo* Nau Llibres.
- Kenneth, J.Gergen (2015) *El ser relacional. Más allá del Yo y de la Comunidad*, Descleé De Brouwer.
- Katherine, Angel. (2021) *El buen sexo mañana. Mujer y deseo en la era del consentimiento*. Alpha Decay.
- Khyal, Leyre. y Un tío blanco hetero (2019) *Prohibir la manzana y encontrar la serpiente*. Planeta.
- Labrador, Fco Javier y otros (2004) *Mujeres victimas de la violencia domestica Programa de actuación*, Piramide.
- Lanas, Manuel (2018) *Razones de una ciencia sexológica*. Síntesis.
- Landarroitajauregi, José Ramón. (2014) *Homos y Heteros*. Anderastas y Ginerastas.
- Landarroitajauregi, José Ramón. (2016) *Sexorum scientia vulgata*. Iseus.
- Landarroitajauregi, José Ramón. (2016) *Reflexiones críticas para sexólogos avezados*. Iseus.
- Minuchin, Salvador *Familias y terapia familiar*, Gedisa 2004.
- Perez, Loola. (2020) *Maldita feminista*. Seix Barral.
- Sanz, Fina. (1995) *Los vínculos amorosos*. Kairos.
- Schlippe, Arist von y Schweitzer, Jochen (2003) *Manual de terapia y asesoría sistémicas*, Herder.
- Simón Gil, Marta (2016) *Cómo valorar las secuelas y lesiones sociales a víctimas de violencia de género: dimensiones e indicadores*.
- Tasso, Valerie (2017) *Sexo 4.0*, Planeta.
- Vance, Carole. (1989) *Placer y Peligro. Explorando la sexualidad femenina*. Madrid: Revolución S.A.L.